

LA ELECCIÓN DE OBJETO Y EL GOCE DE LOS PADRES

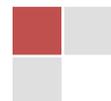
Ángela María Jaramillo

Un aspecto que sobresale en el trabajo clínico, aspecto que para mí ha sido particularmente llamativo y que me ha causado preguntas y enigmas, es el asunto de la elección de objeto, dimensión que supone no pocos misterios.

Indiscutiblemente la lógica que subyace a la elección de objeto es un rasgo que salta a la vista en el trabajo con hombres y mujeres. Sin embargo se me ha impuesto como un aspecto particularmente presente en los motivos de consulta que presentan muchas mujeres, porque de alguna forma, hay un padecimiento muy adherido al amor y a la relación con la pareja, padecimiento que en no pocas oportunidades ofrece la ocasión de consultar, consulta que se fundamenta en la expectativa de obtener una rápida solución a un malestar muchas veces antiguo, pero que ha adquirido la característica de insoportable.

A continuación presento dos viñetas clínicas con las que pretendo ilustrar una vertiente de la elección de objeto que pocas veces ha sido reflexionada, vertiente que Freud esbozó y que gracias a la formalización que efectúa Lacan de la obra freudiana, se puede deducir de un modo preciso.

Luisa es una joven mujer, madre de un niño de 5 años. La preocupación que la empuja a solicitar una consulta es que está iniciando una relación de pareja con características que la hacen distinta de sus anteriores relaciones. En la actualidad sale con un hombre soltero con



quien ha pensado formalizar una relación duradera, inclusive, ha considerado la idea de construir con este hombre un hogar para ella y su hijo.

Estos anhelos se ven frecuentemente ensombrecidos por la presencia constante del recuerdo del padre de su hijo, un hombre extranjero, casado y mucho mayor que ella, hombre al que ha permanecido adherida (es su expresión). Esta adherencia se ha desarrollado más en el espacio imaginario que en la realidad efectiva en tanto es una relación que terminó cuando ella inicia el embarazo, es decir, hace 6 años. La terminación de esta relación no sorprende a Luisa. Este hombre siempre fue muy claro: nunca abandonaría a su esposa e hijos y el embarazo suponía una transformación radical de la relación que habían sostenido en tanto de amantes pasaban a ser padres, nueva condición que suscitó pedidos de compañía y apoyo en Luisa, a lo que este hombre no pudo responder.

Una pregunta va tomando forma como consecuencia de los relatos detallados de los avatares de esta relación, pregunta que sale a la luz cuando se le señala que ella habla de este hombre como si su relación con él nunca hubiera terminado. En este contexto emerge esta pregunta: ¿Por qué permanezco tan adherida a él? Esta formulación funciona como una llave que da acceso a particulares recuerdos infantiles, particulares porque ellos conducen a una escena que hacía mucho tiempo había olvidado pero que ahora emerge de manera inesperada.

Luisa compartió la cama de los padres hasta los 13 años, hecho causado por varias circunstancias: poco espacio en la casa que habitaban, ser la única mujer entre los hijos.

El compartir la cama de los padres, le permitió ser espectadora de sus relaciones sexuales, a lo que no atribuye una gran trascendencia, trascendencia que sí otorga a una singular escena. Luego de una reunión familiar con motivo de la celebración de un año nuevo, los padres van a la cama un poco alicorados. La madre se duerme instantáneamente lo que no es obstáculo para que el padre le haga el amor: “él le hace el amor mientras ella duerme”. Esta imagen ha permanecido en su memoria ejerciendo una extraña influencia.

Íntimamente siempre ha deseado que sus parejas hagan lo mismo con ella: que le hagan el amor mientras duerme. El único que ha dado cumplimiento a este anhelo es el padre de su hijo y en circunstancias semejantes a las que rodearon la escena parental. Habían asistido a una fiesta de la que habían llegado con unos tragos de más. Rápidamente duermen. Un poco más tarde, ella despierte inesperadamente porque su pareja le hacía el amor mientras ella dormía. Esta repetición de la escena parental, repetición en la que ella está presente no como espectadora, sino ocupando la misma posición que otrora correspondiera a la madre, es una de las razones que esta mujer aduce para explicar su adherencia a este hombre.

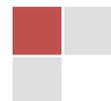
La escena parental, escena cuyo contenido es una relación sexual entre los padres, pero una relación en la que está presente como particularidad el que el padre dispone del cuerpo de la madre sin su expreso consentimiento en tanto ella duerme, ha ejercido una extraña influencia en la vida de Luisa, influencia que ella no acierta a comprender de manera cabal. En este sentido, sólo admite la presencia de una serie de fantasías sexuales, fantasías que se niega a expresar de manera clara porque le producen una profunda vergüenza. La presencia de estas fantasías le ha hecho creer que en ella hay algo que no es normal, que se comporta de manera perversa en el aspecto sexual. Esta idea, que es fundamentalmente una construcción imaginaria, la induce a preguntarse si es normal. De esta dimensión que ella supone perversa, sólo dice que frecuentemente pone espejos en la habitación donde tiene relaciones sexuales, espejos dispuestos de tal manera que le permitan verse mientras tiene estas relaciones. El recuerdo de estas imágenes le permite excitarse sexualmente.

Un hecho que ella asocia a la constelación de fantasías derivadas de la escena parental, es un singular trabajo que aceptó realizar en Bogotá. Durante una temporada ella se desempeñó como “prestadora de servicios sexuales telefónicos”. Esto significa que existen líneas telefónicas (popularmente conocidas como “líneas calientes”), atendidas por hombres y mujeres cuya labor consiste en insinuar y sugerir fantasías sexuales que permitan a las personas que acuden a este servicio, excitarse sexualmente y lograr un orgasmo. Cuando ella se pregunta por qué aceptó de una manera tan fácil trabajar en esta clase de servicios, acuden a su memoria palabras degradantes con las que el padre se refería a ella y a la madre, palabras como “perra”, “puta”, “zorra”, entre otras semejantes. Dice: “es como si hubiera trabajado en eso para ser lo que mi papá pensaba de mí...Para mi papá las mujeres eran putas, sin excepción”. Ello lo asocia con la escena sexual parental que

presenció durante la adolescencia. Lo que le ha impactado no es la existencia de las relaciones sexuales entre los padres, sino el hecho de que el padre tome sexualmente a la madre mientras ella (la madre) duerme. Este no contar, por parte del padre, con el consentimiento expreso de la madre para tener una relación sexual, le hace pensar que él la considera como un objeto degradado del que puede disponer.

Otra mujer, igualmente joven y atractiva, consulta porque tiene malo el seleccionador de hombres. Con este enunciado se presenta a la primera consulta y lo ilustra diciendo que siempre elige al hombre equivocado, aunque ha sido pretendida por hombres que pudieran considerarse “buenos partidos”. A pesar de ello, siempre termina eligiendo a hombres poco convenientes. La mayor inconveniencia de estos hombres es una condición bien específica: tenían otra mujer, bien sea en calidad de esposa, novia o compañera permanente. Esta condición sale a la luz cuando hace un amplio recuento de sus relaciones de pareja. Ella consigue asirlo y preguntarse por qué siempre termina eligiendo hombres con los que sabe que finalmente nunca podrá formalizar una relación estable. Esto es bien extraño si se considera que uno de los grandes anhelos de esta mujer es casarse y tener hijos.

La pregunta antes expuesta dio lugar a la emergencia de un recuerdo de su adolescencia. Cuando ella tenía entre 14 y 15 años, la relación de pareja de los padres atravesó por una difícil crisis, crisis que por poco ocasiona la interrupción de dicha relación. Esta crisis ella la percibió por los llantos continuos de la madre, por las llegadas tarde del padre, además porque ciertas costumbres, como la de comer juntos, se alteró. La madre evitaba siempre sentarse a la mesa con el padre. La causa de estas extrañas conductas de los padres permanecieron desconocidas hasta que un día accidentalmente escuchó una conversación telefónica de la madre, conversación con una hermana de la madre, tía de la joven, en la que le confirmaba una relación extramatrimonial del padre. Esta noticia ocasionó estupor y desconcierto a la joven porque siempre había tenido la impresión de que sus padres sostenían una excelente relación, relación basada en el amor y respeto mutuo. Conocer este hecho le permitió comprender la tristeza de la madre y los extraños comportamientos del padre. A pesar de que finalmente esta situación se resolvió porque el padre abandonó la relación extramatrimonial, el recuerdo de la conversación de la madre que ella accidentalmente escuchó, permaneció durante largo tiempo y ahora retorna cuando se

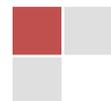


ocupa de revisar sus elecciones de pareja. El acento no está puesto en la conversación en sí misma, sino en lo que pudiera nombrarse el pecado del padre.

¿Qué tiene que ver este pecado del padre con el daño de su seleccionador de hombres? Un denso tejido de asociaciones, recuerdos infantiles y sueños apuntaron a señalar que ella se colocaba como la otra del padre, otra que además adquiría una particularidad: ser una cualquiera, una versión refinada de una prostituta. A la configuración de esta particularidad contribuyó la posición que asumió la madre ante la sexualidad de la hija luego de que se desatara y resolviera su crisis en la relación de pareja. Dichos de la madre, dichos que dirigía de manera explícita a la hija, hacían equivalente el ejercicio de la sexualidad por fuera de la institución matrimonial con la prostitución. Hay que anotar que esta mujer manifestaba una singular conducta frente a la sexualidad. De un lado, admitía que la disfrutaba y aprovechaba cualquier ocasión para tener relaciones sexuales, pero también el ejercicio de la sexualidad le generaba una gran culpa y la sensación de ser una cualquiera.

Cuando esta joven inicia su vida social, empieza a asistir a fiestas y reuniones con amigos y compañeros de la universidad, toma lugar una conducta que aún le parece extraña. Tiene relaciones sexuales con desconocidos, con hombres que encuentra en reuniones sociales y que nunca vuelve a ver. Se desconcierta al pensar en los riesgos a los que se expuso. La revisión de esta singular conducta, contraria a los preceptos según los cuales fue educada (sus estudios de primaria y bachillerato los realizó en un colegio que pertenecía al Opus Dei), abre espacio para que se recuperen los recuerdos que concernían de manera directa a los dichos que la madre le refirió constantemente durante la adolescencia, aquellos dichos que hacían equivalente el ejercicio de la sexualidad por fuera de la institución matrimonial con la prostitución. A ello se añade el recuerdo de una singular conducta de su parte, conducta que tuvo por consecuencia el que el novio con el que había planeado casarse, desistiera de la boda 20 días antes de llevarse a cabo.

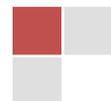
En una pequeña fiesta que les habían planeado amigos en común, ella en medio de tragos, confiesa a su novio el haber tenido relaciones sexuales con hombres extraños, con



desconocidos con quienes no la vinculaban ninguna relación amorosa. Conocer este detalle del pasado sexual de su futura esposa, le hace desistir de su compromiso. Algo semejante ocurre con otro hombre con el que había iniciado una relación que ella calificaba de “seria y prometedora”, en el sentido de que este hombre le había insinuado serias intenciones de casarse con ella. En una salida que hacen, ella repite exactamente la misma escena que había suscitado con su anterior prometido. Esto naturalmente hace desfallecer las intenciones de este hombre de continuar la relación con ella y finalmente decide abandonarla. Es inevitable que esta joven mujer se pregunte por qué se conduce de manera tan desventajosa, sobre todo, tan contraria a lo que dice querer. Por lado, afirma que su mayor anhelo es casarse y constituir un hogar estable, pero al mismo tiempo, hace todo lo posible para que tal deseo nunca alcance su realización.

Al parecer esta conducta tenía como marco de referencia el tejido de fantasías que suscitó la aventura amorosa del padre, fantasías que acentuaban la dimensión perversa del padre en tanto ella imaginaba que con esta otra mujer, el padre tenía un ejercicio sexual que su esposa, madre de la joven, no le permitía. A este tejido de fantasías se añadió, la concepción que la madre le transmitió acerca de la sexualidad. Todo esto la condujo a actuar como la otra, pero además, ser la otra era ser una prostituta. Es posible suponer que lo que se encuentra como causa de esta elección es la marca que genera en este sujeto el goce del padre, goce que de algún modo está desautorizado.

Es innegable y es algo que se puede demostrar en la clínica, que en los motivos de consulta que presentan los sujetos siempre se encuentra presente un núcleo que presentifica lo que bien pudiera llamarse lo esencial en la determinación de la posición subjetiva. Particularmente en los fragmentos de los casos citados, se puede percibir que esta posición se refiere esencialmente a la que asumen en la relación que establecen con el otro en calidad de pareja. Esto esencial, a pesar de haber estado siempre presente, empieza a adquirir una condición de insostenible y dicha condición es lo que las impulsa a buscar medios que les permita obtener un esclarecimiento acerca de esto que ya no toleran más.



Esto que he nombrado como lo esencial sólo puede aprehenderse por parte del sujeto, luego de un trabajo centrado en desplegar y revisar aquello que lo ha traído a la consulta, despliegue y revisión que generalmente da lugar a preguntas y enigmas que justamente competen a esto fundamental que para ellas, en los casos expuestos, era imperceptible antes de ocuparse de nombrarlo. Cuando se han instalado preguntas y enigmas que interrogan la causa del malestar, gracias a un despliegue discursivo y a una escucha atenta y sin prejuicios, es posible acceder, casi inevitablemente, a escenas, dichos y actitudes de padre y madre que dan cuenta de la presencia de ciertas particularidades en su relación de pareja, particularidades que dan cuenta de un goce que los anima y articula.

Los padres además de desempeñar funciones bien precisas que permiten el establecimiento de la condición de sujeto deseante en el hijo que tienen a cargo, son igualmente una pareja, pareja de la que se espera que se amen y deseen. Pero hay que tener en cuenta un aspecto que rompe la dulce ensoñación en la que fácilmente se puede caer cuando se supone que la vida en pareja es algo semejante a los cuentos de hadas con los que se deleitan los niños y no pocos adultos. Con toda la razón dichos cuentos siempre terminan cuando el príncipe y la sufrida princesa se casan. Nadie sabe lo que sucede en la llamada “luna de miel”, ni conoce los avatares que implacablemente impone la cotidianidad cuando un hombre y una mujer han decidido “compartir la vida”.

Lo que los dulces cuentos de hadas nunca nos han contado es que la relación entre un hombre y una mujer se desarrolla en el contexto de una inexorable condición que desata el imperio del registro simbólico sobre la vida humana, condición que tiene una particular presencia en la sexualidad. Y a ello no escapa la relación de pareja que se ha establecido entre los padres.

El registro simbólico ocasiona que el orden de la sexualidad humana se encuentre regulada por un significante que apunta a nombrar uno solo de los sexos. No existe la mujer es una proposición que surge del análisis detallado y riguroso de las consecuencias que sobre la sexuación y la construcción de una posición frente al deseo y el amor, tiene la existencia de un solo significante para dar cuenta de la sexualidad humana.

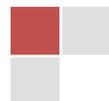
No es atrevido decir que la teoría analítica y particularmente los desarrollos de Freud y Lacan, han surgido y se han esmerado por formalizar una singular oscuridad que imprime en la sexualidad humana, el imperio del orden simbólico, imperio que da lugar a un Real con el que todo sujeto deberá arreglárselas.

Bien puede preguntárseme para qué digo todo esto en este contexto. Y responderé que lo explícito porque necesito preparar el terreno para dar a conocer una sospecha que ha tenido como ocasión para su surgimiento y consolidación la escucha de mujeres, escucha para la que me he servido de mi propio análisis y del estudio aplicado de la teoría analítica.

Es necesario explicitar que la formulación de lo que he llamado “sospecha”, está contextualizada en los desarrollos lacanianos en torno a su proposición no hay relación sexual, desarrollos que presenta de manera detallada en el Seminario 20 (Aún), aunque naturalmente este no es el único lugar donde se ocupa de ello.

Ahora si puedo exponer lo que durante largo tiempo se ha ido consolidando como una idea que es necesario formalizar de manera cuidadosa: La no relación sexual de los padres da lugar y consistencia a un goce particular que se encuentra en el fundamento de la constitución de un ser de goce que gobierna extrañamente la elección de objeto del sujeto.

Es una intuición bastante generalizada aquella que supone una influencia sobre el sujeto derivada de las dificultades de la relación de pareja de los padres, influencia que en no pocas ocasiones da lugar a fenómenos que bien pueden considerarse sintomáticos. Algunas disciplinas adscritas a las llamadas Ciencias Sociales, por ejemplo, el Trabajo social, ha explicado la eficacia de esta influencia proponiendo que se debe al aprendizaje por parte del sujeto, de lo vivido en la familia de origen, o como consecuencia de la repetición de modelos de conducta percibidos en padre y madre.



Sin embargo, estas disciplinas no han podido esclarecer suficientemente porque es justamente el desencuentro que se evidencia entre padre y madre en calidad de hombre y mujer que han establecido una relación de pareja, lo que da ocasión a estos aprendizajes que se repiten compulsivamente sin que el sujeto pueda evitarlo.

Tradicionalmente se ha enfatizado la importancia que tiene la Función del Padre y el Deseo de la Madre en la emergencia del sujeto en tanto deseante, del sujeto como ser de cultura inscrito en unas leyes que regulan su acceso a los objetos de amor y de deseo, regulación enmarcada fundamentalmente en la ley que inaugura la prohibición del incesto.

Sin embargo, yo diría que esta no es la única dimensión en la que se juegan el padre y la madre. La relación que han establecido como hombre y mujer, como pareja, igualmente ejerce una decisiva influencia sobre el sujeto. La explicación edípica que da cuenta de la emergencia de un ser de deseo, no es válida para comprender la configuración de un ser de goce. El goce disidente de la normatividad sexual de los padres, tiene una influencia nada despreciable en la lógica que gobierna la posición del sujeto frente al objeto de deseo. Es posible verificar que dicha influencia pone en primer lugar lo que se ha nombrado como el “desencuentro sexual entre el padre y la madre”. Esta es una idea que se puede encontrar en la obra de Freud y de Lacan.

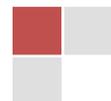
En el texto Tres ensayos, Freud afirma: “ Ni siquiera quien ha evitado felizmente la fijación incestuosa de su libido se sustrae por completo de su influencia. El hecho de que el primer enamoramiento del joven (...) se dirija a una mujer madura, y el de la muchacha a un hombre mayor, dotado de autoridad, es un claro eco de esta fase del desarrollo: puede revivirles en efecto, la imagen de la madre y el padre. Quizás la elección de objeto (...) se produce mediante un apuntalamiento más libre en estos modelos. El varón persigue ante todo la imagen mnémica de la madre, tal como gobierna en él desde el principio de su infancia (...). Dada esta importancia de los vínculos infantiles con los padres para la posterior elección del objeto sexual, es fácil comprender que cualquier perturbación de

ellos, haga madurar las más serias consecuencias de la vida sexual adulta (...). Desavenencias entre los padres, su vida conyugal desdichada, condicionan la más grave predisposición a un desarrollo sexual perturbado o a la contracción de una neurosis por parte de los hijos”(1).

En idéntica dirección, Lacan en La familia asevera: “Los analistas han insistido acerca de las causas de neurosis constituidas por los trastornos de la libido de la madre; en efecto, la experiencia revela muy pronto, en muchos casos de neurosis, la presencia de una madre frígida, casos en los que se observa que la sexualidad, al derivarse en las relaciones con el niño, subvirtió su naturaleza: madre que mima y acaricia con una ternura excesiva en la que se expresa más o menos conscientemente un impulso reprimido; o madre de una sequedad paradójica con rigores mudos, con una crueldad inconsciente en la que se traduce una fijación mucho más profunda en la libido.

Una correcta apreciación de estos casos no puede menos que inducir a tener en cuenta una anomalía correlativa en el padre. Para calibrar su efecto, la frigidez materna debe ser comprendida en el círculo vicioso de desequilibrios libidinales que constituyen en esos casos el círculo de la familia. Pensamos que el destino psicológico del niño depende en primer lugar de la relación que muestran entre sí las imágenes parentales. Es por ello que las desavenencias entre los padres son siempre perjudiciales para el niño y que, aunque el recuerdo más sensible para su memoria sea la confesión formulada del carácter discordante de su unión, también las formas más secretas de esa desavenencia son igualmente perniciosas. En efecto, ninguna coyuntura es más favorable para la identificación anteriormente caracterizada como neurotizante que la percepción, muy clara para el niño, en la relación de los padres entre sí, del sentido neurótico de las barreras que los separan...”(2).

No es necesario decir que para la época en la que Lacan expresa esta afirmación (1.938) seguramente no había considerado la idea que ha tenido tanta trascendencia para la práctica y teoría analítica, idea que ha ocasionado no pocos disgustos y desconciertos, idea que lapidariamente expresó como no hay relación sexual.



Sin embargo, es posible decir que dicha idea está implícita en la afirmación antes citada, pero además, lo que a mi juicio, esta afirmación pone en primer plano es que no hay relación sexual en la pareja parental y que dicha circunstancia produce efectos sobre el sujeto. Propongo que uno de tales efectos se hace sentir en la elección de objeto que realiza el sujeto.

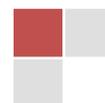
Es bastante conocida la idea que sugiere la existencia de condiciones de amor que determinan la elección de objeto. Esta idea ha sido particularmente desarrollada en el caso del varón. Asimismo, este presupuesto hace pensar que en el territorio del amor existe una lógica inexorable que hace que no todos los objetos convengan a todos los sujetos.

Con Freud asistimos a desarrollos en este sentido en los que indudablemente saltan a la vista los aspectos que bien pudiéramos nombrar como imaginarios en tanto enlazan el amor al narcisismo. Sin embargo, es posible encontrar igualmente, entre estos desarrollos, dimensiones que no se agotan en el registro imaginario en tanto adjudican un lugar nada despreciable a la pulsión en el proceso de elección de objeto.

De acuerdo a la teorización freudiana, no se ama a cualquier objeto. En ello participa una elección, elección determinada por varios aspectos que vamos a intentar discernir.

Freud otorga una particular significación a la madre en este aspecto, dado que ella se constituyó en el primer objeto erótico y amoroso del sujeto. A juicio de Freud, la madre se instituye como arquetipo de todos los vínculos posteriores de amor...en ambos sexos.

En el Esquema del psicoanálisis, Freud señala las dos fuentes básicas por las que la madre adviene como arquetipo de los vínculos amorosos del sujeto:



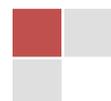
- De un lado, la madre es quien proporciona los cuidados que permiten la satisfacción de las necesidades. Esta circunstancia favorece la emergencia del amor porque éste originariamente se engendra apuntalado en la necesidad satisfecha.
- Pero además, la madre es quien con sus cuidados provoca en el niño sensaciones placenteras disponiendo su cuerpo al erotismo.

Lo anterior nos indica que de la madre parten las corrientes amorosa y sensual que subyacen a la elección de objeto.

En el caso de la niña a esta significatividad de la madre derivada de que fue ella el primer objeto investido libidinalmente, se añade el padre a quien ha tomado como objeto de amor y deseo luego del descubrimiento de la diferencia sexual anatómica. Los padres se instituyen como imágenes que, de alguna forma, gobiernan las relaciones amorosas del sujeto. Esto nos señala una fijación incestuosa de la libido de la que ningún sujeto se sustrae completamente. Este aspecto es bien explícito en la siguiente formulación freudiana: “la elección de objeto (...) se produce mediante un apuntalamiento en estos modelos” (3).

Aunque Freud explicita la importancia de las imágenes infantiles de los padres en la elección de objeto, admite además que no es la única dimensión que participa en dicha elección. Anota en Tres ensayos: “La inclinación infantil hacia los padres es sin duda la más importante, pero no la única de las sendas que, renovadas en la pubertad, marcan después el camino a la elección de objeto. Otras semillas del mismo origen, permiten al hombre, apuntalándose siempre en la infancia, desarrollar más de una serie sexual y plasmar condiciones variadas para la elección de objeto” (4). ¿A qué se refiere Freud con “otras semillas del mismo origen”?

En el texto Historia de una neurosis infantil Freud nos ofrece algunos elementos para discernir aquellas condiciones presentes en la elección de objeto y que no se derivan de la

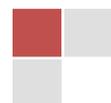


significatividad de los padres hecha posible por ser los primeros objetos investidos libidinalmente. En el análisis de este caso, conocido como el Hombre de los lobos, Freud encuentra una condición de amor que otorga a las elecciones de objeto de este sujeto, un carácter compulsivo. Dicha condición se deriva de lo que Freud nombra en este caso escena primordial. El contenido de dicha escena es un coito a tergo de los padres. De dicha escena se plasmó en calidad de condición para la elección de objeto una particular posición de la mujer: “la mujer tenía que haber adoptado la posición que atribuimos a la madre en la escena primordial. A partir de la pubertad sintió como el mayor encanto de la mujer grandes y llamativas nalgas” (5). Esta condición se constituye en esencial para el surgimiento de la excitación sexual así como para la obtención de placer. Es llamativa la participación de la madre en el establecimiento de dicha condición, sin embargo es algo que se le puede comprender.

En el texto Sobre un tipo particular de objeto en el hombre, texto en el que Freud se ocupa de precisar las condiciones de amor bajo las cuales se realiza la elección de objeto, particularmente en el caso de los varones, precisa unas condiciones que son nombradas de la siguiente manera:

- La primera condición es la del tercero perjudicado, condición según la cual se elige como objeto amoroso a una mujer que ya ha establecido una relación amorosa con otro hombre. Esta condición es considerada por Freud como específica.
- La segunda condición, menos constante pero llamativa, es la del amor por mujeres fáciles. Esta condición garantiza la presencia de los celos que se constituyen en requisito para la emergencia de la pasión.

Freud formula que el origen psíquico de dichas condiciones corresponde a la constelación materna. La primera condición se deriva de dicha constelación porque uno de los rasgos fundamentales del objeto materno es que ella pertenece al padre. La segunda condición (la liviandad en el objeto) es fuente de fuertes resistencias porque en el pensar conciente del adulto, la madre representa un ser puro, intachable moralmente. Indagando el vínculo entre



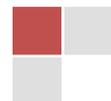
esta segunda condición de amor y la constelación materna, Freud arriba a la época en la que el varoncito tuvo noticia de las relaciones sexuales entre los padres, noticia que produce una profunda conmoción, lo que ocasiona una puesta en cuestión de la autoridad de los padres. Al parecer, el ejercicio sexual degrada a la madre, haciéndola equivalente a la prostituta, “pues ambas en el fondo hacen lo mismo” (6)

Es posible introducir en este contexto, algunas consideraciones referidas a la madre en tanto ser sexuado, consideraciones que pueden aportar luces a la sospecha referida al lugar y función de la no-existencia de la relación sexual en la pareja parental en la elección de objeto por parte del sujeto.

Uno podría decir, atendiendo a las propuestas de Freud expresadas en sus textos Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa(1.912) y Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre(1.910), que lo que resulta insoportable, y particularmente para el varón, es el hecho de que los padres gocen sexualmente, hecho que les resta autoridad.

¿Por qué ello sucede así?, ¿por qué descubrir que los padres, en tanto hombre y mujer, ejercen una actividad sexual que les proporciona goce, transforma radicalmente la significación que han tenido ante el sujeto?. Voy a proponer una idea que quizás resulte extraña pero que con seguridad no es ajena a los desarrollos analíticos: las imágenes parentales se degradan ante el sujeto con el descubrimiento de su actividad sexual, porque dicha actividad está atravesada por la perversión. Y a esto añado: A la no-existencia de la relación sexual (en el registro de lo simbólico) responde la perversión como una vía que hace posible el ejercicio de la sexualidad.

De acuerdo con lo propuesto, si la relación sexual no existe debido a la inexistencia de la mujer en el registro de lo simbólico, sólo le queda al hombre la alternativa de hacerla objeto de un fantasma perverso, vía que le hace posible el ejercicio de la sexualidad. Ello es claro en el Seminario 20. Allí Lacan afirma: “El acto de amor es la perversión polimorfa del macho



y ello en el ser que habla. Nada más certero, más coherente, más estricto en lo que al discurso freudiano se refiere” (7).

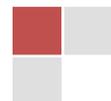
En Freud podemos encontrar una aseveración que va en la misma dirección: “...casi siempre el hombre se encuentra limitado en su quehacer sexual por el respeto a la mujer, y sólo desarrolla su potencia plena cuando está frente a un objeto sexual degradado, lo que de nuevo tiene por fundamento, entre otros, la circunstancia de que entre sus metas sexuales entran componentes perversos que no osa satisfacer en la mujer respetada” (8).

Así pues, la mujer sólo puede ser aprehendida como objeto sexual por la vía de la perversión y a ello no escapa la madre. Esta circunstancia revela al sujeto una dimensión del padre y de la madre que es por completo ajena y extraña a las imágenes que de ellos ha construido y según las cuales son seres intachables.

Al parecer, lo que resulta insoportable para el sujeto del descubrimiento de la vida sexual de los padres, es que es la perversión la vía de la que dispone el padre para acceder al objeto que causa su deseo.

Revisando los fragmentos clínicos con los que he introducido este texto, podría arriesgarme a proponer que lo que se constituye en condición para el sujeto en la elección que hace de objeto es la perversión con la que el padre ha accedido al objeto que causa su deseo.. Esto es particularmente evidente en el llamado Hombre de los lobos. Pero ello no es todo lo que encontramos en la vida amorosa del sujeto.

Anota Freud en el texto Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre que debido al conocimiento que obtiene el varón acerca de la vida sexual de los padres, el pequeño anhela a la madre como objeto sexual lo que da lugar al odio dirigido al padre. Estas mociones de deseo dan lugar a fantasías cuyo contenido es el quehacer sexual de la

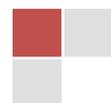


madre, fantasías que culminan en el acto onanista. Freud establece un vínculo entre la condición que ha denominado liviandad del objeto con dichas fantasías, fantasías en las que figura la actividad sexual de la madre. “El tipo de vida amorosa masculina que hemos descrito lleva en sí las huellas de esta historia de desarrollo y puede comprenderse como una fijación a las fantasías de pubertad del muchacho, fantasías que más tarde han hallado empero, una salida hacia la realidad de la vida, fantasías que han tomado el gobierno de la vida amorosa real” (9).

A partir de las consideraciones expuestas hasta el momento en lo que respecta a la elección de objeto, podemos afirmar que la madre se constituye en el punto de referencia fundamental para dicha elección. Es necesario discernir varios aspectos derivado de la madre, aspectos que no pertenecen al mismo registro:

- Una investidura del objeto materno apuntalada en la satisfacción de las grandes necesidades vitales, así como de las condiciones presentes en la crianza. Esta investidura da lugar al amor.
- La conformación de una serie de fantasías derivadas del quehacer sexual de la madre, fantasías que dan lugar a fijaciones que gobiernan la elección de objeto.

De este modo, en la madre se conjugan aspectos de diversa naturaleza que participan en la elección de objeto. Imaginarios pero igualmente pulsionales. Podríamos proponer que en dicha elección participan los tres registros con los que Lacan ha formalizado la dinámica de la vida anímica: lo imaginario, lo simbólico y lo real. Lo imaginario lo proporciona las imágenes del otro y el narcisismo a ellas adheridas. Lo simbólico lo introduce el falo como significante del deseo y del amor. Lo real lo presentifica la pulsión. Siendo atrevida me arriesgo a decir, que esto real que introduce el goce de los padres, es velado, vestido por lo imaginario y lo simbólico.



NOTAS

1 FREUD, Sigmund. Tres ensayos para una teoría sexual. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1.976, tomo 7 pág. 208.

2 LACAN, Jacques. La familia. Argentina, Ediciones Homo Sapiens, 1977, pág. 148 -149.

3 FREUD, Tres ensayos para una teoría sexual op cit. pág. 208.

4 Ibid, pág. 280.

5 FREUD, Sigmund. Historia de una neurosis infantil. Buenos Aires, Amorrortu editores, 1.976. Tomo 17, pág. 40. Las cursivas son de la autora.

6 FREUD, Sigmund. Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1.76, tomo II pág. 164.

7 LACAN, Jacques. Seminario 20. s.e, s.f, s.c. pág. 88

8 FREUD, Sigmund. Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1.976, tomo II, pág. 178.

9 FREUD, Sigmund. Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. Op. cit. pág. 165.

(*) Ángela María Jaramillo

Psicóloga

Profesora del Departamento de Psicoanálisis Universidad de Antioquia. Psicóloga Universidad de Antioquia. Magister en Ciencias Sociales: Psicoanálisis, Cultura y Vínculo Social de la Universidad de Antioquia. Psicóloga de la Corporación Vamos Mujer. Psicoanalista

